

# Reseñas

## Un escenario multipolar: lecturas sobre la crisis del capitalismo en su fase global y la reconfiguración del orden mundial

Silvia GONZÁLEZ ITURRASPE  
Universidad Complutense de Madrid  
silcubit@gmail.com

Luis Feito Corratgé (coord.) *Revista de estudios estratégicos*, núm. 1, Primer semestre de 2014. La Habana: Centro de Investigaciones de Política Internacional, 188pp. ISSN: 2313-2698.

Adscrito al Instituto Superior de Relaciones Internacionales “Raúl Roa García” (ISRI), el Centro de Investigaciones de Política Internacional (CIPI) nace con la pretensión de analizar “los complejos y multifacéticos procesos de reconfiguración de los polos de poder globales y regionales, económicos, políticos, militares y mediáticos, en el capitalismo actual y sus perspectivas a corto y mediano plazo”, tal y como reseña Adalberto Ronda en la presentación del primer número de la publicación semestral *Revista de Estudios Estratégicos*. Efectivamente, este primer número trata de esbozar algunas preguntas en torno a los retos a los que se enfrentan los diversos actores políticos y sociales imbricados en los distintos procesos que operan en un mundo globalizado —y muy especialmente los referidos a América Latina y Caribe—, donde los niveles de desarrollo se miden en función del grado de armonización con el sistema económico capitalista, actualmente en crisis. Cabe hacer hincapié en la idea de “diversos actores” porque esta obra centra la investigación en los actores formales e informales, públicos y privados, que definen la política internacional desde distintas escalas y lugares. Sin duda, la crisis del Estado-nación como actor fundamental de la política internacional abre el cuestionamiento en torno a las paradojas que se derivan del poder normativo de las fronteras político-administrativas como límites territoriales de la soberanía estatal en una sociedad caracterizada por los múltiples procesos de mundialización de la economía y reterritorialización del poder: “Se está produciendo una multiplicación de actores no estatales y de procesos transfronterizos que generan cambios en el alcance, la exclusividad y la competencia de la autoridad estatal sobre el territorio nacional” (p. 15).

Los diferentes artículos compilados en este primer volumen ponen de manifiesto una clara apuesta por una aproximación crítica como marco para la deconstrucción de los “supuestos, clasificaciones y explicaciones geográficas que participan en el diseño de la política mundial”<sup>1</sup>, que, como en el caso de la geopolítica crítica, enfoca el estudio de los discursos geopolíticos a partir de la deconstrucción de los mismos “en diferentes ámbitos: el académico y el de los institutos de investigación (la geopolítica formal), el de la burocracia encargada de la política exterior (geopolítica práctica) y el de los medios de comunicación e industrias culturales (la geopolítica popular)”<sup>2</sup>.

Por otro lado, procede aclarar una cuestión que atraviesa los diferentes artículos de esta obra colectiva para comprender tanto el lugar de enunciación de los mismos como el hecho de que se trata no sólo de una recopilación de artículos analíticos sino de una proyección política en la que los investigadores son parte interesada en la redefinición del conflicto: ¿cuál es el escenario histórico al que se enfrentan los distintos actores de América Latina y Caribe en un mundo hasta ahora caracterizado por la hegemonía estadounidense pero cada vez más multipolar? Los autores que articulan la pregunta son profesores/as de diversas universidades de América Latina (Universidad de La Plata o Universidad de las Ciencias Informáticas de Cuba, entre otras), así como investigadores/as del propio CIPI, miembros de la Organización Panamericana de la Salud u otras entidades cubanas, argentinas o venezolanas.

La obra, que integra doce artículos, está estructurada en torno a tres ejes de discusión. El primero, que recoge los cuatro primeros, define el proceso de despegue de la multipolaridad o crisis de la unipolaridad estadounidense neoliberal y globalista, a favor de la posibilidad de construcción de otros polos de poder y alternativas al proyecto norteamericano a través de relaciones de cooperación entre distintos bloques regionales —haciendo especial referencia a las BRICS<sup>3</sup> o a proyectos contrahegemónicos latinoamericanistas—. El segundo eje atiende a diversas dimensiones y problemáticas del escenario político actual que se derivan de la redistribución de los recursos, tanto en términos de recursos naturales, como puede ser el agua, como en términos de garantía de derechos como en el caso del acceso a los medicamentos y el derecho a la salud o la propia inversión de los recursos económicos en gasto militar. Pero también analiza el sistema de comunicaciones, un espacio dominado por la industria cultural y *mass media* como herramientas de producción y reproducción del discurso dominante pero susceptible de ser reapropiado por otros sujetos con proyectos alternativos, como el movimiento 15M en España. Los últimos artículos afrontan el papel que juegan los nuevos bloques de poder, caso de América Latina y Caribe, en la discusión del proyecto hegemónico

<sup>1</sup> J. Agnew: *Geopolítica: una re-visión de la política mundial*. Madrid: Trama Editorial, 2005, p. 6.

<sup>2</sup> H. Cairo: “Prólogo”, en J. Agnew: *Geopolítica: una re-visión de la política mundial*. Madrid: Trama Editorial, 2005: xiii.

<sup>3</sup> Acrónimo que acuñó el economista Goldman Sachs en el año 2001 para referirse a Brasil, Rusia, India y China a fin de agrupar a los principales mercados emergentes. En 2011 se incorporó Sudáfrica.

estadounidense, tanto desde el análisis del papel de la región en la geopolítica mundial al discutir la tutela imperialista como en el debate acerca de la (no) centralidad del Estado en los procesos cotidianos de gobernanza local. Pero, además, se advierte que el proyecto de Alianza del Pacífico es una nueva estrategia “para el apuntalamiento del liderazgo global de Estados Unidos”, tal y como titula su aportación la investigadora Lourdes María Regueiro Bello (p. 148).

Efectivamente, los cuatro primeros capítulos abordan la reestructuración del Sistema Internacional actualmente caracterizado por una crisis económica global. En el primer capítulo, Gabriel Merino analiza cómo la unipolaridad del modelo angloamericano caracterizado por una estrategia multilateral ha devenido en un proyecto de mundialización de la economía capitalista que entraña un reto fundamental, en palabras de S. Sassen, lo que se “está produciendo es una multiplicación de actores no estatales y de procesos transfronterizos que generan cambios en el alcance, la exclusividad y la competencia de la autoridad estatal sobre el territorio nacional” (p. 15). Es decir, el modelo angloamericano de reproducción de la economía financiera, neoliberal y globalista, ha conducido a una crisis del Estado-nación imperial, convirtiendo al hegemon estadounidense en un nodo estratégico del Estado-red global. Este hecho implica un nuevo modo de afrontar la institucionalización del poder transnacionalizado, sabiendo que se vuelve necesario “para avanzar hacia el nuevo formato imperialista donde no exista una potencia hegemónica central excluyente, sino un imperialismo desplegado en una red jerarquizada de ciudades financieras globales [...] Estas *city's* financieras constituyen los nodos principales que darían forma al Estado Global” y cuyo desarrollo “entra en contradicción con las formas jurídicas estatales nacionales y regionales” (p. 16). Estas ciudades financieras globales, serían “la expresión contemporánea de la contradicción entre el espacio continuo en el que opera el capital y el espacio territorial de la política”<sup>4</sup>.

Esta nueva espacialidad del poder post-imperialista unipolar ha favorecido la aparición de nuevos actores “emergentes” capaces de disputar la hegemonía norteamericana. Como señala Alberto Rang en su artículo “La reconfiguración del poder en la fase global del capitalismo”, la cooperación estratégica entre China-Rusia-Irán-Siria, ALBA, UNASUR, etc., genera una importante preocupación por la posibilidad de constituir bloques contrahegemónicos que discutan las estructuras financieras dominadas por el G7, como el FMI, Banco Mundial u ONU. Sin embargo, esta constitución de bloques de poder contrahegemónicos no cabe sólo entenderla en términos de enfrentamiento, pues como bien indica Sergio Rodríguez Gelfenstein, ante las transformaciones que posibilitan el protagonismo de nuevos actores internacionales, este escenario “deja como único eje sobre el que pivota la dominación mundial de EE UU la política imperialista basada en su superioridad militar. Pero ésta, a su vez, se tiene que enfrentar a un declive económico que afectará a medio plazo a la presencia militar estadounidense en todo el mundo, razón

---

<sup>4</sup> P. J. Taylor y C. Flint: *Geografía Política: Economía-mundo, Estado-nación y localidad*. Madrid: Trama Editorial, 2002, p. 360.

por la que ahora EE UU se vuelve un ferviente partidario de la “multilateralidad” y un defensor a ultranza de los organismos multinacionales como la ONU, así como la búsqueda de aliados que secunden su política (bien los países de la OTAN o, ahora, la Liga Árabe)” (p. 47). Una concepción del multipolarismo que alimenta la idea de “la balanza de poder”, sin que el equilibrio signifique necesariamente paz.

Como anunciamos en la descripción inicial del segundo bloque, el problema de la redistribución de los recursos constituye el problema por definición esencial de la economía política. La pregunta por el modelo de desarrollo se esboza ya en el capítulo de Carlos Alberto Rang cuando aborda la cuestión de los modelos latinoamericanos:

El desafío consiste en aprovechar la oportunidad histórica de la consolidación de los bloques políticos y económicos subregionales, con los estados controlando la producción nacional, con la recuperación y nacionalización de la extracción, explotación, elaboración, distribución y comercialización de los recursos [...] donde erradiquemos la producción especializada de monoprodutos y monocultivos para la exportación y en su lugar avanzar en la diversificación agrícola e industrial y de las ramas estratégicas de alto valor agregado, con desarrollo sustentable en lo económico, político, social y ambiental (es decir que tenga como objetivo principal mejorar la calidad de vida y no el desarrollo en sí mismo y el lucro) (p. 40).

Tanto Orlando Rey Santos como Agustín Lage resaltan las dificultades que entraña garantizar el acceso a los derechos fundamentales en un mundo en el que los recursos están supeditados a las relaciones de explotación de las grandes potencias mundiales: “1100 millones de habitantes de países en desarrollo carecen de un acceso adecuado al agua” (p. 87). Es pues preciso asumir que las fronteras que delimitan el grado de desarrollo de un país son fronteras políticas, marcadas por la subordinación a los intereses económicos de las grandes potencias económicas y financieras.

El debate sobre la equidad aborda el hecho de que los derechos humanos se plieguen a los intereses de una economía global basada en la desigualdad y la competitividad. Señala Agustín Lage que “la OMS estima que el 15% de la población del mundo consume el 90% de la producción global de productos farmacéuticos” (p. 94), y, frente a ello, en América Latina países como Cuba o Brasil han realizado una importante apuesta por generar riqueza y empleo desde el presupuesto de la garantía de los derechos básicos: “En Cuba, 585 (67%) de los 868 productos farmacéuticos considerados esenciales se producen en el país” (p. 103), principalmente en lo que se conoce como “Polo científico del Oeste de La Habana” (complejo de instituciones con más de 12000 empleados dedicadas a la biotecnología). Pero no solamente el acceso a determinados recursos básicos está en el centro del debate, la cuestión de la distribución de la riqueza económica “dentro” de los propios países en vías de desarrollo marcan las posibilidades de “crecimiento” en un sentido amplio del término, pues en el Tercer Mundo la mayor parte del PIB se destina al gasto militar.

Los últimos artículos, como ya señalamos, se refieren al modo en que nuevos bloques y mecanismos de poder discuten —o no— “las concepciones tradicionales basadas en el mutuo reconocimiento entre Estados independientes y autónomos, con capacidad y legitimidad para ejercer la autoridad en el ámbito doméstico e internacional” (p. 128). Advierte Luis Fernando Ayerbe en su análisis sobre el concepto de “territorios no gobernados”, que el problema de la gobernanza de determinados territorios de países latinoamericanos —o árabes— abre un cuestionamiento por la legitimidad de los actores y procesos informales implicados en su control. En este sentido, cabe mencionar que EE UU ha incorporado en su agenda militar el “nuevo medievalismo”, un concepto que hace alusión a cómo el Estado es un actor más en las múltiples formas de jurisdicción que funcionan en determinados espacios. Efectivamente, la gobernanza sin Estado se encuentra en el centro de la política de defensa estadounidense, sin embargo, no siempre hay que entender el poder de ordenación de un territorio por parte de otros actores en términos de contrabando, producción y distribución de drogas o redes terroristas. Una visión menos etnocéntrica invita a reflexionar sobre la no necesaria correlación entre presencia del Estado y ausencia de desorden, pues no es lo mismo lo ilícito que lo informal, caso de las zonas habitadas por indígenas donde las prácticas cotidianas de las poblaciones trascienden el poder normativo de las fronteras político-administrativas, de tal modo que quiebra la tradicional concepción de las fronteras como límites territoriales de la soberanía estatal. Pero además, la aceptación de la premisa de la necesidad de intervención-control nos hace asumir acriticamente el hecho de que “el mundo se ve hoy amenazado por la generalización de la intervención militar directa de las principales potencias imperialistas, bajo el pretexto de «intervenciones humanitarias» en guerras limitadas que amenazan seriamente la independencia de los pueblos como ya ocurrió en los casos de Afganistán, Irak, Libia y potencialmente hoy en Siria” (p. 125). Por otro lado, cabe reseñar que no toda cooperación y reconfiguración de los bloques de poder discute el modelo imperialista norteamericano. Tal y como ya apuntamos en líneas anteriores, el proceso de integración Asia-Pacífico, bajo el acuerdo de asociación Trans-Pacífico<sup>5</sup>, señalan Elda Molina Díaz y Eduardo Regalado Florido que ha sido impulsado por el sector empresarial y no por los gobiernos o instituciones regionales ni por acuerdos en términos de relaciones culturales o socioeconómicas, y cuyo único objetivo es contener el avance de China.

Todo lo anteriormente expuesto hace intuir que este escenario ha posibilitado nuevos bloques de poder y procesos que cuestionan el modelo de desarrollo; sin embargo, es fundamental reconocer que “el soporte de este proceso son los viejos estados nacionales, puesto que ninguna entidad global cuenta con sistemas legales,

<sup>5</sup> El TPP, en inglés *Trans-Pacific Strategic Economic Partnership*, “pretende ser el Acuerdo de Libre Comercio más amplio del mundo, no sólo por el número de países miembros, sino además por su contenido [...]. De consolidarse todas las intenciones, se lograría un área que representa cerca del 40% del comercio mundial y un mercado con más de 800 millones de consumidores” (p. 141). Acuerdo del que EE UU, Australia o Japón son socios potenciales.

tradiciones sociales y legitimidad política suficiente, para asegurar la reproducción del capital” (p. 54). Así, el análisis de las paradojas y contradicciones que abre el nuevo ciclo de crisis del sistema capitalista global, no sólo nos hace repensar nuevas formas de espacialización del poder sino también replantear si realmente existe una “superación” de los esquemas clásicos de precomprensión de la política internacional, pues el soporte de este proceso de mundialización y transnacionalización de la economía siguen siendo los Estados nacionales.